

XII

Eran las once de la mañana de un día nublado. En el saloncito del piso segundo, lo más lejos posible de la señora de Hérault, esperaban Emilia y Elena. Dos horas antes había salido Luis. El marido, á quien se habían reconocido todos los derechos de ofendido, había fijado la pistola como arma de combate; condiciones: veinticinco pasos de distancia y fuego á voluntad. Los testigos, todos expertos en la materia, eran el barón Tresorier y el barón Beaulieu, por parte de Thauziat; por la de Luis, su primo el coronel Gandon y Pedro Delarne. Después de grandes esfuerzos para conseguir que el duelo fuese á la voz de mando, los testigos de uno y otro, hubieron de resignarse á aceptar las condiciones impuestas.

Ignoraban la causa del duelo. Luis había dicho á sus padrinos que Clemente le había ultrajado gravemente; y en cuanto á Thauziat, había exigido á los suyos que le pusieran completamente á discreción de su adversario. Sin embargo, Clemente era tan buen tirador que las gestiones para sua-

vizar las condiciones se habían hecho en obsequio de Luis, al cual, tirando á discreción, consideraban desde luego como hombre muerto. Así lo había oído decir Emilia á su padre y había acudido espantada al lado de Elena. Esta le refirió lacónicamente la causa del duelo y manifestaba una calma completa. Si su marido se hubiese hallado cubierto de una armadura impenetrable no hubiera manifestado mayor seguridad de volverle á ver. Durante la velada que precedió al combate, refugiada con Emilia en su cuarto, había acallado las alarmas de su amiga con las afirmaciones de una fe exaltada.

—Dios es justo—decía—y no querrá acabar de abrumarme. Desde hace dos años le ruego día y noche que me devuelva al que amo. No me ha dejado desesperar, y había de quitármelo cuando la desgracia me lo puede devolver corregido? No. Él no abandona nunca á los que confían en su misericordia. Ha aceptado el homenaje de mis sufrimientos, ha visto mi resignación. En cambio, me debe la vida de mi marido y me la dará.

Hablaba con acento tranquilo, sin fiebre, con una convicción que podía inspirar temores por su razón si ocurría un desenlace fatal. A las doce de la noche pidió á su amiga que se retirase, rogándola que volviese por la mañana. Luis debía marcharse á las nueve. Una vez sola, se instaló en una habitación situada entre la de su marido y la de su hijo, dejando la puerta abierta, como si hubiera querido envolver al padre en el encanto inviolable que emanaba de la inocencia del niño.

Y pasó toda la noche orando, recogida y silenciosa. Cuando oyó el ruido de los pasos de Luis, entró en su cuarto y le habló con serenidad, infundiendo la confianza en el alma de aquel desgraciado, animándole con su valor, devolviéndole la altivez. Él la miraba con humilde admiración. Hubiera querido gritar la palabra que en aquella hora decisiva había en el fondo de su alma: «perdón!» Pero no se atrevió; se reconocía demasiado culpable. Ella, heroica en su resolución de ocultar sus angustias, tuvo valor para sonreír. Comprendía que si dejaba que sus nervios perdieran la tensión un solo momento, caería en un enternecimiento que trastornaría á su marido y le sería mortal. Deseaba verle tranquilo, firme y dueño de sí mismo, y comenzaba por darle ejemplo. Sin embargo, cuando los testigos fueron á buscar á Luis, Elena se dirigió á la cama del niño, que se despertaba, lo puso en los brazos de su padre, y mirando á los dos con inefable ternura, sin que nada pudiese romper el lazo que sellaba su voluntad, dijo al niño:

—Hijo mío, abraza á papá y dile: «hasta luego».

La dulce voz del niño repitió: «hasta luego», mientras sus bracitos enlazaban el cuello de su padre. Un estremecimiento agitaba los miembros de Luis, cuyos ojos se llenaban de lágrimas. Elena, entonces, cogió al niño, abrazó convulsivamente á su marido y le dijo:

—Anja.

Y le vió partir sin un suspiro, sin ninguna muestra de debilidad. Le siguió con la vista desde la

ventana, le vió subir en el carruaje, y cuando se perdió en la calle el ruido de las ruedas, volvió á su cuarto, y agotada su energía, prorrumpió en sollozos. Un momento después llegaba Emilia y las lágrimas de las dos amigas corrieron juntas. Permanecieron reunidas, sin hablar, durante una hora, escuchando los sonidos del péndulo, que marcaba, probablemente, los últimos segundos de la vida de uno de los combatientes. El corazón de Emilia estaba desgarrado, porque entre Luis y Thauziat, el uno su amigo de la juventud y el otro el elegido de su corazón, no se atrevía á escoger.

A las diez exclamó Elena con un suspiro:

—Ya están en el terreno.

Y se dejó caer de rodillas.

Emilia permaneció sentada, inmóvil, las facciones descompuestas por la angustia, el oído atento á cualquier ruido que pudiera ser un indicio, y el corazón latiendo con tal fuerza que la ahogaba. La hora que transcurrió entonces fué para las dos mujeres un horrible martirio. El fallo estaba pronunciado, y ellas lo ignoraban. A las diez y media la agitación de Elena se hizo imposible de contener; bajó al piso bajo y se asomó á la ventana. En su impaciencia hubiera querido ir á la calle y adelantarse al encuentro de las noticias; y al mismo tiempo experimentaba tal terror, que hubiese deseado encerrarse en la oscuridad para no ver ni saber nada. A las once, Emilia, que hasta entonces había estado muda, pareció fuera de sí y gritó:

—Pero ¿qué pasa? ¡Dios mío! ¡Es espantoso pro-

longar nuestra ignorancia cuando todo debe haber concluído!

Estaba casi desfallecida, pero Elena ni siquiera volvió los ojos para mirar á su amiga. Los tenía clavados en la puerta, como si los atrajera una fuerza magnética, esperando la vida ó la muerte. De pronto lanzó un grito que hizo estremecer á Emilia hasta el fondo de sus entrañas. De tal modo era feroz y triunfante.

—¡Es él! ¡El! ¡Vivo! ¡Dios ha fallado!

No tuvo fuerza para dar un paso ni decir una palabra más; se agarró á las colgaduras para no caer, y miró á su marido que se adelantaba pálido, sostenido por sus testigos y el barón Tresorier. Una horrible esperanza brotó en el corazón de Emilia. Héraul estaba herido. ¡Thauziat debía estar salvo! Los cuatro hombres se acercaban y el rostro de Luis aparecía desencajado y lívido, con los labios cárdenos y la mirada extraviada. Su brazo derecho, inerte, estaba sostenido por un ancho vendaje negro, y su paletot, echado sobre los hombros, ocultaba el desorden sangriento de su traje. Subió penosamente los escalones de la puerta, casi llevado por el coronel Gandon y Pedro Delarne. Al entrar estuvo á punto de desmayarse, y Elena le recibió en sus brazos.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¡Qué imprudencial! ¿Por qué andar? ¿Por qué no haberle dejado venir en carruaje?

—Su marido de usted se ha negado, señora—dijo Delarne—, por no alarmarla. Ha querido que usted le viese en pie.

Luis quiso hablar, pero Elena le cerró dulcemente la boca con la mano.

Tresorier añadió en voz baja:

—No tardemos en subirlo... La herida es grave... La bala le ha roto el hombro... Rameau de Ferriere le pondrá otro vendaje en seguida.

Elena, entonces, separándose de su marido, se acercó al joven y preguntó temblorosa:

—¿Y su adversario?

Tresorier bajó la cabeza y contestó esta sola palabra:

—Muerto.

Un gemido hizo eco á esta fúnebre declaración, y Emilia, más pálida que el herido y casi tan helada como el difunto, se acercó al mensajero de la fatal noticia. El barón se adelantó á ella y la dijo inclinándose:

—Señorita, iba ahora á casa de usted. Antes del combate, el señor de Thauziat, nuestro amigo, me había entregado una carta que debía devolverle si la suerte le era favorable, ó entregar á usted si le era contraria. Tengo, señorita, el dolor de ponerla en manos de usted.

Emilia tomó, sin decir una palabra, la carta que el barón la presentaba, pasó como una sombra por delante de los presentes, entró en el salón, y sola y libre por fin, se dejó caer inanimada. Cuando se repuso, sus ojos, aun velados, se fijaron en la carta que conservaba en la mano, rompió el sobre, desdobló el funesto papel, y no pudo contener sus lágrimas al encontrar clara y firme la letra trazada por aquella mano inmóvil para siempre. Se limpió

los ojos y ávida por saber lo que le confiaba desde el seno de la muerte el que tanto había amado, leyó:

«He pasado la noche, mi querida Emilia, ocupado en los preparativos materiales y morales del encuentro que se prepara y que será grave. He puesto en orden mis negocios y he hecho examen de conciencia. La primera tarea ha sido más breve que la segunda, y he arreglado más fácilmente las cuentas de mi fortuna que las de mi alma. El debate que he sostenido conmigo mismo ha sido largo y penoso. El juez era severo, pero el acusado se defendía enérgicamente; la sentencia ha sido condenatoria. He procedido mal y tenía usted razón cuando me lo decía, pero me movía la pasión, que es mala consejera. Por tres veces el espíritu del mal se ha apoderado de mí y ha ofuscado mi pensamiento. He tratado de rechazarlo, he luchado en medio de las tinieblas, he querido marchar hacia la luz, que es la verdad y la justicia; una fuerza más poderosa que la voluntad, mi instinto animal sublevado, me ha retenido en la sombra y he cometido acciones desleales y vergonzosas. La primera dando la mano á un hombre á quien odiaba, permaneciendo en su casa para robarle el honor; otra, abusando cobardemente de mi fuerza contra una mujer. Sabía que cometía un crimen y, sin embargo, he persistido. El atractivo del mal ha sido más fuerte que la protesta de mi alma indignada, y he sufrido el doble suplicio de horrorizarme de la falta y cometerla. Sin embargo, á las puertas de la muerte y juzgando á la vez lo

que es el pasado y lo que hubiera podido ser el porvenir, si tengo fuerza para condenarme, no la tengo para arrepentirme. Sí, en el momento en que voy tal vez á desaparecer, mi corazón se exalta y mi carne se estremece á la idea de que aun á precio de un crimen, hubiera podido ser mía la que adoro. Maldigo mi destino, que me ha puesto en el camino de esa mujer y no me ha permitido apoderarme de ella para que fuera la alegría de mi vida. ¡Oh! ¡Cuánto la he amado y cuánto la amo todavía! Ella no ha sospechado la inmensa ternura que había en mí y que voy á demostrar con mi muerte, ya que no he podido probárselo con mi vida. Porque ella ha decidido entre su marido y yo, y el amor que tiene por él triunfa del que yo tengo por ella. Usted que es ¡a suprema razón me lo había predicho: en la lucha emprendida contra la felicidad y la cordura, yo debía ser vencido. No me queda más que pagar y pagaré regiamente dando á mi rival la vida y á la que le ama la felicidad. En el combate de mañana Luis estará á merced mía, y estoy decidido á salvarle. No quiero costar una lágrima más á la que tantas ha vertido. Pretendo poner término á su martirio y aliarme con ella contra sus enemigos. Desgraciadamente conozco demasiado á Luis para no saber que el alejamiento será el remedio supremo contra su absurda pasión. Una bala en el hombro, tres semanas de dolencia, un poco de sangre vertida, y no se acordará más de Diana. Le haré este servicio. Herido, será más simpático y el perdón subirá más fácilmente á los labios de

la que ha abandonado tan locamente. Ahora todo ha concluido y no debo nada á nadie. Al pie de esa cuenta terrible que había abierto, acabo de poner: saldada. Y no quiero pensar más que en usted, que ha sido mi amiga sincera, leal y tierna, y que me llorará, estoy seguro, á pesar de lo que la he hecho padecer. Usted me dió un día la mayor prueba de estimación que una mujer puede dar á un hombre. Usted vino á mi tendiéndome la mano y ofreciéndome ser mi esposa. ¡Ay! Yo no era digno de usted y bastante lo he probado. Perdóneme usted la pena que la he causado y crea usted que su nombre será el último que pronunciaré en este mundo. Cuando yo no exista, venga usted alguna vez á verme, allí donde dormiré en el silencio y el reposo eterno. He amado mucho las flores; lléveme usted flores á mi sepulcro; no hay nada más triste que las tumbas abandonadas. Si algo de mi sobrevive bajo la losa, yo oiré los pasos de usted, reconoceré el murmullo de su voz y mi noche será menos sombría y mi sueño menos helado... He aquí el día que nace y es el último. Adiós. La abrazo á usted con toda mi alma.»

Emilia dobló la carta con mano temblorosa y la guardó en el pecho. Sus ojos estaban secos, ni una lágrima surcaba sus mejillas. Se levantó, llamó, pidió su abrigo y su sombrero y marchó sin ver á Elena. Un cuarto de hora después se apeaba delante del hotel de Thauziat. La puerta estaba abierta de par en par y el vestibulo desierto. La joven subió la escalera y entró en el salón del primer piso. Allí estaba el marqués de Beaulieu, sentado delan-

te de una mesa, dando órdenes al criado de confianza de Clemente. Al ver á la señorita de Lereboulley, se levantó respetuosamente:

—¿Quiere usted verlo?—dijo en voz baja.

—Sí—contestó Emilia.

Dió algunos pasos, levantó una *portière* y dejó pasar á Emilia. La pesada tela cayó y la joven se encontró sola en la habitación. Thauziat, vestido, estaba tendido en su cama. La colgadura de seda encarnada acentuaba la palidez de su rostro. Sus ojos estaban cerrados y en sus labios había quedado la contracción de una sonrisa como un postrer desafío á la vida: Sus manos descansaban abiertas á lo largo del cuerpo. Parecía haber sucumbido sin sacudida, sin resistencia, ayudando á la muerte. Un candelabro de plata de seis brazos, puesto á su lado, iluminaba sus facciones nobles y altivas. Ninguna mancha de sangre: había caído como vivió, correcto y elegante. Emilia se acercó, le miró profundamente como para grabar en su memoria aquellas facciones, se inclinó y tocó con sus labios aquella frente en que ya no habitaba el pensamiento. En este momento contuvo un grito. Le pareció que una palpitación rápida había agitado los párpados de Clemente y que un estremecimiento imperceptible había corrido por sus mejillas como si el beso que acababa de darle hubiese animado en él un postrer rayo de vida. Pero una sombra violácea subió á sus sienes y las ciñó de una corona de luto. Entonces la joven cayó de rodillas sollozando y rezó.

.

Como había dicho Emilia, se necesitó el hierro rojo para curar el corazón gangrenado de Luis. Tendido en el lecho del dolor, devorado por terribles inquietudes, no osando interrogar á su mujer en quien no se desmentían la dulzura, la tranquilidad, ni la firmeza, y afligido por la cariñosa tristeza de su abuela, el desgraciado padecía menos por sus dolores físicos que por sus torturas morales. Su herida, muy grave, hábilmente cuidada, estuvo pronto en vías de curación. Pero ¿cuándo se cicatrizaría la llaga de su corazón? Había derrochado todos los tesoros de que le colmara el destino: había abusado de la confianza de su abuela, había hecho traición al amor de su mujer, había disipado la fortuna ganada por sus mayores que debía transmitir á su hijo. Todo lo había arrojado al viento de su locura. Y no se le dirigía ningún cargo: la abuela andaba lista por la habitación y hablaba en voz baja con su mujer, el niño jugaba en la alfombra dando sonoras carcajadas. No se había despojado al culpable de ninguno de sus privilegios, de ninguno de sus derechos; era como antes querido y respetado. Pero aquellos favores ¿no se otorgaban al herido? ¿La bondad y la dulzura eran acaso simple compasión? En sus largos insomnios, tendido inmóvil en su lecho, temiendo despertar á su mujer que dormía en la habitación inmediata, pensaba en todo lo que había hecho y aquel corto pasado le parecía una horrible pesadilla. ¿No había estado loco? ¿Era él quien había cometido tantas acciones odiosas y cobardes por una miserable criatura, cuyos vicios conocía? Compa-

rando la conducta de Thauziat con la suya, casi le encontraba inocente. Muchas veces, de noche, se aparecía el rostro pálido de su amigo, no amenazador y terrible, sino triste y dulce. La visión era tan clara que creía en realidad tener á Clemente en su presencia. Quería hablarle y no podía. Entonces se agitaba, su sangre se enardecía y por la mañana le encontraban livido y tembloroso. Una vez á la luz de la lamparilla, vió á Thauziat inclinarse sobre él y mirarle ansioso muy de cerca, como si expiara los progresos de una curación demasiado lenta. Haciendo un violento esfuerzo procuró cogerle, pero sus manos no encontraron más que el vacío. Entonces, con voz apagada, murmuró el herido:

—Clemente, perdóname.

Su sombra puso una mano helada sobre su frente ardorosa de su matador y le dijo:

—No tengo nada que perdonarte. No has sido tú quien me ha muerto, sino ella.

—¿Entonces por qué te presentas á mí en cuanto la luz desaparece?

—Si mi vista te turba, no me mostraré más. Pero siempre estaré junto á vosotros invisible y protector, porque todo lo que queda de mí sigue fiel al único amor de mi vida. Ámala tú, á quien ella ama, y sé feliz; aún puedes serlo.

Desapareció y Luis no volvió á verle nunca; pero desde aquel momento mejoró rápidamente y al cabo de seis semanas estaba en pie. El día que Rameau de Ferriere dijo á su enfermo: «Ahora ya puede usted salir y vivir con todo el mundo»,

Elena por la tarde pidió el carruaje. Subió á él con su marido y la señora de Hérault y dió orden de ir á los talleres de San Dionisio. Al llegar delante de una bonita casa, rodeada de jardín, que había sido siempre habitada por el director de la fábrica, se apearon. En el despacho situado cerca de la entrada, encontraron al señor de Talomon, el notario, que les esperaba. Entonces Elena tomó la palabra y dijo gravemente:

—Mi querido Luis, mientras tú no podías ocuparte en los negocios, tu abuela y yo hemos tenido que adoptar algunas medidas para hacer honor á tus compromisos. Abandonando el dote que tú me reconociste cuando nos casamos y vendiendo Bois sise y el hotel del Faubourg-Poissonnière, para lo cual tenemos compradores, queda todo pagado. Te quedará intacta la fábrica que fué el instrumento de la fortuna de tu abuelo y de tu padre. No tienes más que firmar las escrituras que el señor de Talomon ha tenido la bondad de traer y todo estará terminado.

Luis palideció, cogió la mano de su mujer y la llevó á la ventana.

—¿De modo que esta casa?...

—Es la que habitaremos en adelante.

—¿Y todo lo que yo te di al casarnos?

—Lo he restituido. Pobre entré en aquella casa y pobre he querido salir.

—Pero esa era la fortuna de tu hijo...

—Mi hijo no puede tener mejor fortuna que el honor de su padre.

—Luis fijó los ojos llenos de lágrimas en aquella

mujer, tan noble, tan valiente y tan generosa y dijo:

—¿Cómo te podré pagar nunca?

—Siendo un hombre bueno, trabajador y honrado—contestó ella mirándole tranquilamente.

Y enseñándole por la ventana los talleres llenos del movimiento de los obreros y el ruido de los martillos, añadió:

—Allí está tu salvación. Tu has destruido el edificio, reconstrúyelo. Yo te ayudaré.

—¿Pero podremos conseguirlo?

—Todo se puede con la voluntad.

Elena le llevó al lado de la mesa. Luis cogió una pluma y sin vacilar, liquidó el pasado, contemplando el porvenir que su mujer le ofrecía.

FIN



